

la cruz, ni una manera de comunión en la cual fuese potestativo de los fieles sentarse, si su conciencia les vedaba ponerse de rodillas. Empero la mayoría de los Caballeros no quiso entender palabra de estos planes. pues las personas piadosas del partido estaban sincera y fervorosamente unidas al sistema íntegro de su Iglesia, entre otras razones, porque fué muy amada de su Rey asesinado, porque los consoló en la desgracia y la pobreza, y porque sus oficios, hechos tantas veces en voz baja, en el silencio y soledad de apartados y escondidos lugares, durante los tiempos de la persecución, tenían para ellos encanto tan grande, que ni uno solo de sus versículos estaban dispuestos á sacrificar. A su vez, otros realistas, que no aspiraban á gozar fama de piadosos, sentían amor hacia la Iglesia episcopal sólo por ser enemiga de sus enemigos, y estimaban sus ceremonias y rezos no en razón á los consuelos que les daban, sino del agravio que hacían á los Motilones, y se mostraban tan poco dispuestos á pagar la unión con ciertas concesiones, que precisamente se oponían á ellas, porque sólo en su virtud podría producirse.

## VI.

## IMPOPULARIDAD DE LOS PURITANOS.

Por más censurable que fuese, natural era y hasta digna en cierto modo de alguna excusa esta conducta. Porque los Puritanos se mostraron la época de su valimiento por todo extremo crueles y provocadores, cuando hubieran podido saber por la historia de sus

propios sufrimientos, luchas y triunfos, y por la ruina de aquella orgullosa jerarquía que los oprimió con tanta pesadumbre, que en Inglaterra, y en pleno siglo xvii, no era posible al magistrado civil obligar á los hombres á conformarse con el sistema de teología escogido por él. Pero se mostraron tan intolerantes como Laud, y tan propensos como él á inmiscuirse en los negocios espirituales de los demás, y prohibieron bajo pena de multas onerosas el *libro de las oraciones comunes*, no sólo en las iglesias, mas en las casas particulares también; como que, segun ellos, hasta era crimen el que un niño leyese á la cabecera de su madre enferma una sola siquiera de aquellas hermosas preces que han calmado los dolores morales de cuarenta generaciones de cristianos; que impusieron severos castigos á cuantos fueran osados á criticar el culto calvinista; que no sólo expulsaron á centenares de sus beneficios á eclesiásticos respetables, sino que los expusieron á la befa de la canalla fanatizada; que las iglesias y los sepulcros, aun siendo admirables obras de arte y monumentos gloriosos de los tiempos antiguos, sufrieron salvajes mutilaciones, y que mandó el Parlamento quemar todas las pinturas de la colección del Rey que representaban á Jesús ó á la Virgen María, no quedando mejor librada la escultura, pues las Ninfas y las Gracias que produjo el cincel jónico cayeron bajo el poder de albañiles y picapedreros puritanos encargados de ocurrir á su honestidad. Y por tal modo, la facción dominante declaró también guerra sin cuartel á los vicios más leves con celo apenas contenido por el sentido común y la filantropía; promulgó leyes durísimas contra las apuestas; decretó que fuera castigado con pena de muerte todo adulterio, y clasificó en el número de los delitos las relaciones ilícitas entre los sexos, aun cuando no hu-



biese habido violencia, ni seducción, ni escándalo, ni quebranto de ningún derecho conyugal. Combatió rudamente los espectáculos y diversiones públicas, desde las mascaradas que había en las casas de los grandes, hasta la lucha de los atletas y las contorsiones y habilidades de titereros y saltabancos; mandó cortar todos los árboles de Mayo que hubiera en la Gran Bretaña; prohibió las representaciones teatrales, y dispuso que fueran derribados los teatros, y castigados los espectadores con multa, y los cómicos con azotes. Pero si las danzas, títeres, juegos de bolos y carreras de caballos eran cosas mal vistas de los Puritanos, las riñas de osos, diversión favorita entonces de grandes y pequeños, antojábase á tan austeros sectarios la mayor de cuantas abominaciones pudieran excitar su cólera, siendo de advertir que su odio á estos espectáculos no se inspiraba en el mismo espíritu que ha prevalecido en nuestros días para proteger á los animales de los caprichos crueles del hombre con leyes bienhechoras, sino que los aborrecían por que agradaban á los espectadores, y por tal modo hicieron lo posible para gozarse doblemente atormentando al propio tiempo al público aficionado y á los osos (1).

(1) Las líneas siguientes, que trascribimos de un opúsculo intitulado: *Diario verdadero de algunos sucesos que se verificaron en el Parlamento y en otras partes del reino desde el lunes 24 de Julio hasta el lunes 31 de Julio del año 1648*, demostrarán suficientemente cuán poco influía la compasión por los animales en este asunto. «Cuando la Reina vino de Holanda, dice el autor del *Diario*, demás de una compañía de bribones casi salvajes, trajo consigo una compañía de osos, con el objeto que verá el lector más adelante, y que no era otro que el de llevarlos por los pueblos y aldeas del campo para ofrecerlos en espectáculo haciéndolos luchar, y esto siempre en los días consagrados al Señor. Así es la religión que los hombres de que hablamos quisieran establecer

Pero acaso no haya hecho alguno que sea tan eficaz á demostrar el carácter de estos rigoristas como su conducta respecto del día de Navidad, fiesta que de tiempo inmemorial lo había sido solemnísima y por extremo conmemorada en el hogar doméstico, por ser ocasión de grandes alegrías y demostraciones de afecto, motivo plausible de congregarse las familias, regocijo ansiado de los niños, tregua de discordias entre los hombres y acuerdo de voluntades; como que todos deponían sus agravios y olvidaban sus dolores para entonar cantinelas en alabanza del Mesías y en celebracion de su nacimiento, y que los corazones generosos al oirlas se dilataban llenos de felicidad, de tranquila esperanza, ó de dulce melancolía. Entonces y en la época de que hablo, la mesa del pobre como la del rico se cubría de manjares, y el magnate brindaba generosamente al menesteroso con las viandas de su despensa; liberalidad tanto más grata por ser la estación desapacible y los días breves: y con acortarse la distancia que lo demás del año separaba los amos de

---

entre nosotros, con la circunstancia de que si alguno trataba de oponerse á ello ó solamente de hablar contra reprobadas profanaciones, podía estar cierto de que sin tardanza lo marcarían por Motilón ó Puritano y de que lo maltratarían por tanto. Pero como algunos soldados del coronel Cromwell hubiesen ido casualmente á Uppingham, en el condado de Rutland, el día del Señor, y hallasen á los osos combatiendo, los ataron á un árbol, y allí les dieron muerte á tiros.» No fué caso aislado éste, pues cuando era *Sheriff* de Surrey el coronel Pride, mandó matar todos los animales que se hallaban en el foso de los osos en el jardín de Southwark. Un satírico monárquico lo representó justificándose de esta manera: «Lo que más abruma mi conciencia es el haber hecho matar los osos, cosa por la cual me odia el pueblo y me vitupera. Pero David ¿no mató un oso? Y el lord diputado Ireton, ¿no mató un oso? Y otro de nuestros lores, ¿no mató cinco? *Ultimos discursos y palabras de Tomas Pride.* (Last Speech and dying words of Thomas Pride.)



sus criados y los señores de sus colonos, y ser tanto el júbilo de todos y cometerse algunos excesos, aun era digno el espíritu de los Ingleses en tan hermoso día de las fiestas cristianas. No obstante de ser así, mandó el Parlamento Largo en 1644 que se observase riguroso ayuno el 25 de Diciembre, y que ninguno hiciera otra cosa ese día sino es gemir y llorar humildemente, pidiendo perdón á Dios por el gran pecado nacional que así los contemporáneos como sus padres habían cometido en igual época, divirtiéndose con juegos y bailes, comiendo cabeza de jabalí y patatas asadas, y bebiendo cerveza; decreto que irritó y exasperó por extremo á las clases populares, de tal modo, que al llegar las fiestas de Navidad, estallaron formidables tumultos en varios lugares, siendo insultados los agentes del Gobierno, atropellados los jueces y allanadas las casas de los fanáticos conocidos, y leyéndose públicamente, á pesar de la prohibición, el oficio del día en las iglesias.

Tal era el espíritu que animaba á los Puritanos exaltados, ya fuesen Presbiterianos ó Independientes. Y si bien Oliverio Cromwell no parecía dispuesto por carácter á perseguir á ninguno por sus opiniones religiosas, ni á intervenir tampoco en los negocios de su conciencia, como jefe de un partido, y por consiguiente su esclavo, no podía gobernar inspirándose sólo en su propio criterio. De aquí que durante su administración gran número de magistrados ingleses se hicieran tan odiosos como sir Hudibras, con atreverse á fiscalizar todos los actos del vecindario relativos á diversiones, dispersando jiras y bailes campestres y llevando los músicos á la cárcel. Pero fué más temible todavía el celo de los soldados, pues en la aldea donde se presentaban luégo al punto concluían las danzas, el repicar de las campanas y los

juegos, y hasta en Londres mismo interrumpieron muchas veces las representaciones teatrales que Cromwell tenía el buen sentido y la indulgencia de tolerar.

Y como al temor y al odio que inspiraba la tiranía de los Puritanos se mezclaba en gran medida el desprecio, sus rarezas, su traje, su fisonomía, su modo de hablar y sus escrúpulos por todo extremo singulares se tornaron desde los tiempos de Isabel en tema predilecto de burlas, antojándose infinitamente más grotescas estas extravagancias en la facción dominadora del Imperio británico, que en la congregación oscura y perseguida, pues la jerga mística que movía siempre á risa cuando la empleaban en la tribuna *Tribulación Solitaria* y *Celo de la Conmovida Tierra* se hacía mucho más risible cuando eran generales y consejeros de Estado los predicadores. Bien será decir que durante las turbulencias políticas y la guerra civil nacieron ciertas sectas cuyas excentricidades aventajaban á cuanto hasta entonces había visto la Inglaterra en este género. Un sastre loco, por ejemplo, llamado Ludovico Muggletón, iba de taberna en taberna, embriagándose de cerveza y amenazando con las penas eternas á cuantos se negaran á creer, bajo la fe de su palabra, que tenía seis pies de alto el Sér Supremo y que el sol estaba justamente á cuatro millas de la tierra (1); y Jorge Fox levantó una tempestad de burlas afirmando que designar una sola persona por un pronombre plural era faltar á la buena fe cristiana, y que servirse aún de las palabras Enero y Miércoles equivalía ciertamente á rendir culto idólatrico á Jano y á Mercurio; doctrina que por absurda

(1) Véase Penn, en los *New Witnesses proved Old Heretics*, y en las obras de Muggletón, *passim*.



que parezca fué seguida de algunos hombres eminentes años después, y cobró fama y crédito extraordinarios en la opinión pública. Pero, de cuantos fanáticos había en la época de la restauración, el pueblo calificaba siempre á los cuácaros por los más despreciables. Y aun cuando los Puritanos los trataban con severidad en la madre patria y en Nueva Inglaterra los perseguían de muerte, con todo y así, el público, que no distingue nunca bien los matices, confundía generalmente á Puritanos y Cuácaros, puesto que unos y otros eran cismáticos y aborrecían de igual modo al episcopado y la liturgia, y que unos y otros tenían las mismas ridiculeces en orden al traje, las diversiones y el porte; y aunque se hallaban muy distantes en opiniones, considerábaseles igualmente como hipócritas cismáticos, y cuanto había de odioso y de ridículo en cada una de las dos sectas aumentaba el odio y el desprecio que las masas sentían por las dos.

Antes de comenzar la guerra civil, los mayores enemigos de las doctrinas y modo de ser de los Puritanos se veían obligados á confesar que generalmente y en todas las cosas esenciales su moralidad era intachable; mas luégo cesaron de alabar en ellos, y por desgracia con fundamento, estas cualidades, pues aconteció con los Puritanos lo propio que sucede por regla general con las sectas, y es que alcanzan gran reputación de santidad mientras están oprimidas, perdiéndola cuando se hacen poderosas. La razón de esto es obvia, pues no siendo posible, generalmente hablando, que los hombres se afilien á banderías excluidas de la legalidad sino por motivos de conciencia, los partidos que así se forman constan, sin excepción casi, de personas sinceras y leales, no pudiendo compararse á la eficacia de la persecución la disciplina

más rígida de cuantas se impongan á una sociedad religiosa para depurarla. Tanto es así, que no cabe dudar de la firmeza de convicciones religiosas que animaba ciertamente á la casi totalidad de aquellos que pidieron el agua del bautismo, cuando perseguía Diocleciano á la Iglesia, ó que se unieron á las congregaciones protestantes á riesgo de ser quemados por Bonner. Mas, cuando una secta se torna poderosa, cuando con el favor de sus parciales pueden los hombres emprender y seguir la senda que conduce seguramente á las riquezas y á las dignidades, entonces los ambiciosos y mundanos acuden á engrosar sus filas, hablan su mismo lenguaje, se conforman en todo con su ritual, copian sus singularidades y aun aventajan á los primeros fundadores de ella en prácticas externas y celo aparente. Y como no hay criterio ni previsión que basten á evitar entonces la intrusión de los falsos hermanos, pues junto á la espiga crece la cizaña, comienzan luégo los hombres á observar que los santos aquellos no son mejores que la generalidad de los individuos, é inferen de aquí, no sin cierta justicia, que no siendo mejores, deben aventajarlos en malicia; bastando poco tiempo para que los signos y apariencias que se antojaron primero por característicos del santo, se consideren después por característicos del bellaco.

Así aconteció con los Disidentes ingleses, que mientras vivieron oprimidos, fueron puros; pero cuando llegaron á la cumbre del poder y del valimiento, y nadie lograba ocupar puestos importantes, civiles ni militares, sino por su influencia, éste se alcanzaba sólo adoptando sus prácticas y modo de ser espiritual: que una de las primeras resoluciones del Parlamento de Barebone, el más genuinamente puritano de cuantos han existido en Inglaterra, fué la de que nadie pu-



diera obtener cargos ni empleos públicos sin persuadir antes de sus merecimientos á la Cámara con una manera de probanza de santidad. Y como el traje de color oscuro, la mirada torva, el cabello liso y aplastado, el acento quejumbroso y nasal, la conversación salpicada de citas y textos místicos, la repugnancia y aun el horror á las comedias, á los naipes y á la caza, y cuanto exteriormente pudiera tomarse por indicio de *santidad*, eran cosas que sin esfuerzo alguno se remedaban á maravilla por ciertos hombres, á quienes nada importaba la religión, por serles todas indiferentes, presto se hallaron envueltos y confundidos los Puritanos sinceros con la muchedumbre de mundanos de la peor especie, pues los libertinos más notorios entre cuantos combatieron por la causa del Rey podían ser justamente reputados por virtuosos comparándolos con algunos de aquellos hombres que, sin dejar de discurrir en orden á las *dulces experiencias* y á las *consoladoras Escrituras*, vivían en la práctica constante del fraude, la rapiña y los vicios cautelosamente ocultos. El pueblo entonces, con una precipitación tan lamentable como natural, atribuyó al partido entero el carácter de los hipócritas, asociándose por tanto en la opinión pública la teología, las costumbres y el lenguaje de los Puritanos, á la idea de los vicios más negros y bajos. De aquí que no bien fué lícito, merced á la Restauración, romper las hostilidades sin peligro alguno contra la secta, cuyo imperio absoluto había durado tanto tiempo, se levantó de todos los ámbitos del reino un clamor universal contra el puritanismo, clamor que no pocas veces hacía subir de punto las voces de los mismos malvados cuyas torpezas cubrieron de infamia el nombre puritano.

Por tal modo los dos grandes partidos que tras larga lucha se concertaron un espacio para ocurrir al resta-

blecimiento de la monarquía, volvieron á encontrarse frente á frente y discordes, así en religión como en política; y como la gran mayoría de la nación se inclinaba de parte de los realistas por haberse borrado de la memoria de los hombres los crímenes de Strafford y de Laud, y los excesos de la Cámara Estrellada y de la Comisión Suprema, juntamente con los grandes servicios hechos á la patria por el Parlamento Largo durante los primeros doce meses de su existencia, quedando solo el recuerdo de la ejecución de Carlos I, de la desapacible tiranía del Parlamento de la *culata* (Rump parliament), y del despotismo del ejército, cosas todas aborrecidas ya de la generalidad, la muchedumbre se mostraba dispuesta siempre á considerar á cuantos se opusieron al último rey cual si fueran responsables de su muerte y de los desastres que la siguieron.

Elegida la Cámara de los Comunes en ocasión que dominaban los Presbiterianos, no representaba en modo alguno entonces la opinión general del país, y se mostraba tan dispuesta, demás de esto, á oponerse al fervor intolerante de los Caballeros, que habiéndose atrevido un diputado á decir que cuantos sacaron la espada contra el rey Carlos I fueron traidores de igual modo que sus verdugos, se vió llamado al orden, llevado á la barra y reprendido por el Presidente. Sin embargo de su actitud, deseaba la Cámara terminar las diferencias religiosas por medio de una concordia que fuese aceptable á los Puritanos moderados; pero la corte y la nación se mostraron hostiles al proyecto.



## VII.

## CARÁCTER DE CARLOS II.

El príncipe á quien puso en el trono la Restauración era entonces más amado del pueblo que lo fué nunca ninguno de sus predecesores; y como por otra parte las desgracias sobrevenidas á su familia, la muerte por todo extremo heroica de su padre, sus propios y dilatados sufrimientos y las aventuras románticas de su vida lo hacían objeto de afectuoso interés, el entusiasmo que producía exaltaba el amor. Y pues había rescatado á la patria de intolerable servidumbre con su vuelta, é ido á ella cediendo al unánime deseo de las dos facciones contendientes, se halló en situación tanto más ventajosa para ser árbitro entre ambas, cuanto que bajo ciertos respectos parecía hecho expreso para el caso. Porque, sobre hallarse dotado por naturaleza de carácter y cualidades excelentes, la educación que recibió fué ocasionada por extremo á desarrollar las partes de su inteligencia y á prepararlo á la práctica de todas las virtudes públicas y privadas, dándole á conocer las diversas maneras de la fortuna y de la condición humana; como que, siendo muy joven todavía, pasó de la vida muelle y regada de un palacio, á la penosa, triste y llena de azares del destierro; que al llegar á esa edad en que así el espíritu como el cuerpo alcanzan su más alto grado de perfección, reposada que ha sido la primera efervescencia de las pasiones juveniles, se vió llamado del ostracismo para ceñir una corona; que aprendió á

costa de amarga experiencia cuánta bajeza, perfidia é ingratitud se ocultan bajo las serviles apariencias del cortesano; hallando, por el contrario, en las cabañas de la gente rústica y humilde la verdadera nobleza del corazón; pues, cuando se ofrecían pingües riquezas á quien quisiera venderlo, cuando se amenazaba con sentencia de muerte á cuantos le dieran asilo, campesinos y pobres trabajadores guardaron leales el secreto de su residencia, y besaron su mano siempre que se les presentó, aun miserablemente disfrazado; con tanto respeto como si lo hubieran visto vestido del manto de armiño y en el trono de su padre. Podía esperarse, por tanto, que un joven formado en estas enseñanzas, y que además poseía talento y cualidades amables, fuera con el tiempo grande y magnánimo príncipe; pero es lo cierto que si Carlos salió de aquella escuela culto, sociable, cortés, fino, discreto y apuesto, con modales distinguidos y no escaso ingenio para discurrir y conversar, también lo es que su inclinación á los placeres sensuales fué desmedida, que tuvo verdadera pasión por los deleites y las distracciones frívolas, y que sobre ser incapaz de sacrificio alguno y de dar muestras de firmeza, no creyó en la virtud ni en el afecto humanos; que menospreció la fama y oyó impasible cuantos cargos se le hicieron. A su parecer, todos los hombres se vendían, unos en más, otros en menos, siendo por ende necesario aumentar el precio para comprarlos ó disminuirlo según que se tasaban; y cuando los tratos conducentes á estas ventas se llevaban con pericia y habilidad, entonces merecía el chalán ser calificado de una manera encomiástica. Y así como llamaba integridad al engaño que hacían los hombres entendidos para sostener en el mercado de las conciencias el justo precio de sus talentos, así también al engaño



que hacían las mujeres hermosas para sostener en el mercado de la intriga y de la galantería el precio de su belleza llamaba modestia; y de igual modo el amor de Dios, el amor de la patria, el de la familia, la amistad, y todos los afectos y respetos y obligaciones los expresaba con frases análogas y como aquellas sinónimas ó acomodaticias de esta: amor de sí mismo. Pensando así del género humano, muy poco había de preocuparse Carlos del juicio que pudiera formar el género humano respecto de él; y como además el honor y el decoro los entendía de una manera tan singular cual la luz y las tinieblas el ciego de nacimiento, aunque muchos han exaltado el desprecio en que siempre tuvo la lisonja, si se relaciona esta cualidad aparente con el conjunto de su carácter, acaso no merezca tantas alabanzas, porque así es posible hallarse por sobre la lisonja como por debajo de ella, y así quien no cree en ninguno tampoco creará en aduladores, ni quien desprecie la gloria verdadera y legítima podrá nunca distinguirla de la falsa y bastarda.

Mas con pensar tan mal de los hombres, no fué misántropo, y aun cuando sólo descubría en ellos lo peor que tenían, no los odiaba, siendo tan benigno, que su mayor tormento consistía en verlos padecer y oír sus quejas; humanidad, empero, que si es amable y digna de loa entre particulares, cuyo poder, para el bien y el mal, se halla siempre cerrado en círculo estrecho, ha sido con frecuencia entre los príncipes, antes vicio que no virtud; que más de un monarca de buenas intenciones y mejores propósitos ha dejado á las veces abandonadas á la opresión y á la rapiña provincias enteras, por tal de no ver alrededor de su mesa y en su palacio sino caras satisfechas; y quien siquiera vacila entre descontentar al escaso número

de los que tienen acceso hasta su persona y la felicidad del gran número que nunca se le acerca, no es digno de gobernar grandes sociedades. Pero la bondad de Carlos fué tan excesiva, que acaso no se haya visto jamás unida en tanta cantidad á persona de igual talento; de donde se seguía, que si por ella era esclavo, merced á él sabía por qué y de quién lo era, y por tal modo una muchedumbre de intrigantes de ambos sexos, cuyas artes, malicias y carácter conocía perfectamente, así como su falta de afecto y de lealtad, lograba fácilmente persuadirlo á que les diera empleos, estados, títulos y honores, á que les otorgase indultos y gracias, y á que les comunicara los mayores secretos del Estado. Y con dar mucho, no experimentó nunca placer por ello, ni gozó siendo benéfico, ni ganó, en fuerza de dispensar mercedes, fama de bienhechor; y como no dió nunca de su propio movimiento, sino porque le dolía negar cuando le pedían, sus larguezas no redundaban en beneficio generalmente de quien las merecía más, ni de quien él prefería, sino del primer pretendiente importuno y sin decoro que lograba conseguir audiencia.

Los móviles que dirigieron la conducta política de Carlos II diferían esencialmente de los que impulsaron á su predecesor y á su inmediato heredero, pues no fué hombre á quien sedujeran nunca las teorías de gobierno patriarcal ni de derecho divino, sino falto de ambición, enemigo de los negocios, y que, puesto en el caso de dirigir en realidad la administración del reino, hubiera preferido abdicar la Corona; siendo tanto el odio que le inspiraba el trabajo, y tan grande su ignorancia en orden á las materias que debía tratar por razón de su oficio que, cuando presidía el Consejo, apenas podían sus secretarios contener la risa, oyendo las frívolas observaciones que hacía, y viendo



su impaciencia infantil por salir del paso cuanto antes. Por lo demás, ni la gratitud ni el odio influían ni participaban en su conducta, pues nunca hubo marca en quien los servicios y las ofensas causarán menos efecto. Deseaba lisa y llanamente ser rey á la manera que Luis XV lo fué, andando el tiempo, en Francia, para disponer sin limitación alguna de los caudales del Tesoro público, y saciar con ellos sus gustos, y retribuir de una manera generosa y espléndida la condescendencia de aquellos que le ayudaban á matar el tiempo, y, aun en el caso de que llegara el Estado por consecuencia de mala administración al último extremo, cerrar las puertas de su harén á la enojosa verdad, y negarse á ver y á oír á cuantos pudieran turbar con ella su voluptuoso retiro. Sólo á este fin deseaba el poder arbitrario, si lo conseguía sin peligro ni disturbios. En cuanto á la conciencia, no la tenía interesada en las diferencias religiosas que dividían á sus súbditos protestantes, porque vacilaba en una manera de término medio escéptico, que le placía, entre la incredulidad y el catolicismo apostólico romano; pero aun cuando su conciencia permanecía neutral en la querrela de Presbiterianos y Episcopales, por inclinación natural no era indiferente al resultado de la contienda, en razón á que sus vicios predilectos los condenaba el puritanismo con rigor extremado, y él no podía pasar un sólo día en la privación de aquello que los Puritanos consideraban pecaminoso. Bien será tener en cuenta que, siendo Carlos persona distinguidísima por su educación y dotada de gusto exquisito, las ridiculeces puritanas habían de producirle, y así era en efecto, risa y desprecio, aparte de las razones que tuviese para detestar á la secta. Pues como pasó algunos meses en Escocia siendo rey nominalmente, y en realidad prisionero de los rígidos

Presbiterianos, cuando las pasiones son más impetuosas y la ligereza es más perdonable; y no satisfechos con exigir de él que aceptase su culto y suscribiese su *Covenant*, acecharan sus movimientos y le hicieran cursos de moral sobre todas sus flaquezas, y lo forzarán á rezar oraciones interminables y á oír pláticas sin fin, estimándose dichoso todavía cuando en ellas no le daba en rostro el predicador con sus pecados, ó la tiranía de su padre, ó la idolatría de su madre, atormentándolo de mil maneras y amargándole la vida, no deberá parecer extraño que considerase como una redención la derrota que lo condujo al destierro, y que la memoria de lo pasado lo pusiera en deseos de abatir al partido que resistió á su padre y á él hizo padecer tanto.

## VIII.

## EL DUQUE DE YORK Y EL CONDE DE CLARENDON.

Jacobo, duque de York y hermano del Rey, profesaba las mismas ideas, y aunque dado á la licencia, era laborioso, diligente y metódico, partidario del principio de autoridad y afecto á los negocios públicos. Sin embargo, teniendo en cuenta su estrecha y limitada inteligencia, su carácter tenaz, rudo é implacable, á nadie sorprenderá que mirase mal las instituciones libres de Inglaterra y al partido que se hallaba más ligado á ellas. Por lo que hace á sus opiniones religiosas, el Duque afectaba entonces todavía pertenecer á la Iglesia anglicana, si bien había mostrado tendencias que alarmaban á los buenos protestantes.



La persona que soportaba la mayor parte del peso de los negocios en aquella época era Eduardo Hyde, canciller del reino, que fué de allí á poco creado conde de Clarendon, personaje ilustre, respetable con justo título como escritor; pero cuyas faltas como estadista es fuerza reconocer, si bien algunas de ellas acaso pueden explicarse, y aun tener disculpa, considerando la desgraciada posición en que se halló colocado. El primer año del Parlamento Largo, se distinguió Clarendon de una manera notable y honrosa entre los diputados que trabajaron más activamente para desagrar la nación, contribuyendo de una manera eficaz y principalísima con sus esfuerzos á que se aboliera el Consejo de York, causa de grandes y graves quejas. Cuando se declaró el cisma y aparecieron en el palenque de la política por primera vez el partido reformista y el conservador, Hyde, con muchos otros varones prudentes y respetables, se puso de parte de los conservadores, y siguiendo, á contar de aquel día, la suerte del Rey, mereció la confianza de Carlos I en la medida que podía otorgarla un príncipe de carácter tan disimulado y de conducta política tan tortuosa como él. Luégo compartió el destierro y aconsejó y dirigió á Carlos II, quien al ser restaurado en el trono de su padre, lo nombró su primer ministro. Algunos meses después se supo que lo unían á la familia real los vínculos de la sangre, por haber casado secretamente su hija con el Duque de York; y como á consecuencia de este matrimonio podrían tal vez sus nietos ceñir la corona de Inglaterra, y tan ilustre alianza lo elevaba por sobre la más antigua nobleza del reino, durante cierto tiempo se le creyó poderoso por extremo. Bien será decir que Hyde se halló bajo ciertos respectos al nivel de su elevada posición, porque ninguno otro redactaba los papeles de

Estado con más talento que él, ni hablaba con más peso y dignidad en el Consejo y en las Cámaras, ni se hallaba más familiarizado con las máximas generales de la política, ni discernía con vista más penetrante y sagaz las diferencias de los caracteres. Agréguese á lo expuesto que tenía convicciones profundamente arraigadas en orden á los deberes morales y religiosos, sincero respeto á las instituciones de su patria y celo escrupuloso de la honra y de los intereses de la monarquía; empero su altivez, su acritud y su intolerancia con las oposiciones deslucían tantas cualidades, y ante todo y sobre todo, la circunstancia de haber pasado largos años en el extranjero bastaba para tornarlo impropio á la dirección suprema de los negocios públicos, por ser imposible casi que un hombre político á quien obligan las turbulencias civiles á emigrar y á vivir así algunos de sus mejores años, se halle, desde el día mismo que vuelve del destierro, en condiciones de colocarse á la cabeza del Gobierno. Clarendon no se eximió de esta regla general; y como salió de Inglaterra con el ánimo exaltado por la lucha terrible que acabó arruinando á su partido y á él, y desde 1646 hasta 1660 vivió al otro lado del estrecho, viendo de lejos cuanto sucedía en su país al través de malos cristales, é informándose del estado de la cosa pública en las relaciones que le hacían los conspiradores, muchos de los cuales eran víctimas desesperadas de la revolución, antojáronsele naturalmente felicísimos los acontecimientos, no en razón de la prosperidad y de la gloria que daban á la patria, sino de la rapidez con que adelantaban la hora de la Restauración; siendo su anhelo constante y público mientras estuvo desterrado, que no disfrutaran sus contemporáneos un solo momento de paz ni de libertad hasta que restablecieran en el trono la dinastía derro-



cada. Al fin volvió á Inglaterra y se puso al frente del Gobierno, sin hacerse cargo antes de las condiciones de aquella sociedad, nueva para él, y en la cual habían realizado cambios de tanta trascendencia en el carácter y modo de ser nacionales catorce años llenos de gravísimos sucesos. Si en circunstancias tan difíciles hubiera probablemente incurrido en lamentables torpezas un ministro dotado de gran tacto y flexibilidad de carácter, ¡cuántas no cometería Clarendon careciendo por completo de tacto y de flexibilidad!— como que la Inglaterra era siempre á sus ojos la Inglaterra de su juventud, y que fruncía el entrecejo á toda teoría y práctica nacida durante su destierro, y que, aun cuando distaba mucho de pensar siquiera en combatir el poder incontestable de la Cámara de los Comunes, veía con extrema inquietud el desarrollo y la fuerza que adquiriría por momentos. La regia prerrogativa, por la cual sufrió tantas contrariedades, y de la que acababa de recibir honores y riquezas, era sagrada para él; tenía mala voluntad, política y personal, á los Motilones; fué siempre, antes y después, celosísimo partidario de la Iglesia anglicana, y tanto, que varias veces rompió, aunque pesaroso, con sus más caros amigos, si lo exigieron así sus opiniones religiosas; y su celo en favor del episcopado y del *libro de las oraciones comunes* fué más ardiente que nunca entonces, y apareció mezclado y confundido con un espíritu de venganza contra los Puritanos, impropio á decir verdad del hombre de Estado y del cristiano.

Pero, como mientras existía la Cámara de los Comunes que llamó al Rey no era posible llevar á cabo el restablecimiento del antiguo sistema eclesiástico, no sólo se ocultaron sigilosamente las intenciones de la corte, sino que dió S. M. ciertas seguridades de una manera tan solemne, que tranquilizaron á los Purita-

nos moderados. Pues, no satisfecho con haber prometido antes de la Restauración que concedería la libertad de conciencia, renovó la promesa y añadió, además, otra, en virtud de la cual ofreció hacer los mayores esfuerzos para conseguir un acuerdo entre las sectas en discordia, porque deseaba, según decía, ver repartida la jurisdicción espiritual entre los obispos y los sínodos, revisándose la liturgia por una reunión de sabios teólogos, de los cuales fuese la mitad presbiteriana, y quedando concertadas de modo que tranquilizase las conciencias timoratas todas las cuestiones relativas á la sobrepelliz, á la actitud en que debería recibirse la eucaristía, y á la señal de la cruz en los bautismos. Cuando hubo el Rey por este medio adormecido la vigilancia de aquellos á quienes más temía, pronunció la disolución del Parlamento. Bien es cierto que había sancionado antes una ley á virtud de la cual, con algunas excepciones, amnistió á todos los culpables políticos de las últimas turbulencias, obteniendo en cambio la concesión vitalicia de ciertos tributos, cuya renta se graduaba en un millón y doscientas mil libras anuales; y aun cuando su producto verdadero no excedió durante algunos años de un millón, reunida esta cantidad á las rentas hereditarias de la Corona, era entonces suficiente para ocurrir á los gastos del Gobierno en tiempo de paz. Nada votaron las Cámaras á la sazón para el sostenimiento de fuerzas militares permanentes; que la nación estaba de tal modo cansada de los ejércitos, que la menor alusión á ellos hubiera bastado para producir alarma y agitar todos los partidos.